



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

La muerte ganada

Encantado de verlo -me dijo el capitán-, estrechándome la mano con fuerza. Luego con el rápido ademán de costumbre ordenó a un soldado que trajera el tablero y las fichas de ajedrez.

El capitán era un hombre bajito, menudo de cuerpo. Supongo que por eso andaba siempre muy erguido y que sus fuertes apretones de mano se explicaban con un instintivo afán de compensar de algún modo la pequeñez de su tamaño. Tenía, no obstante, un extraordinario don de mando, don que ejercía con reposada circunspección y seriedad. En torno suyo, tenientes, sargentos, cabos y soldados se movían como autómatas, impelidos por los resortes mejor templados de la disciplina militar. Hacía meses que vivía yo entre combatientes y, mi amigo el capitán -Pablo, se llamaba- era el único militar absoluto que hasta entonces había conocido. Ser cualquier cosa de una manera pura, perfecta, es algo admirable. En Pablo la milicia era una vocación, un destino, un sacerdocio. Nadie más querido que él en el regimiento; nadie más considerado y generoso que él. Y nadie, tampoco, más exigente con sus subordinados.

Hasta el momento de evocar el episodio que les cuento, nunca había pensado en cómo pudo habérselas arreglado para suscitar el sorprendente respeto y la ciega adhesión que inspiraba su diminuta persona. Porque, al fin y a la postre, Pablo no tendría más de veinticinco años; su vida, antes de la guerra, había transcurrido en [224] un barrio silencioso de aquella Asunción casi colonial que hoy va desapareciendo. En la escuela, en el colegio, en la universidad, no había sido él más que un muchacho serio y cortés, un poco retraído aunque aplicado y tenaz. Su biografía, antes de la guerra, no registraba nada de notable. Sólo la milicia (ya desde sus primeros meses en le Escuela de Oficiales de Reserva) reveló su vocación verdadera. Ahora, a tres años de su bautismo de fuego,

su nombre se había hecho famoso en los campamentos del frente, aun en aquellos lejanos del sector donde operaba su unidad.

El rostro de Pablo era pequeñito; la nariz fina, los ojos castaños, muy brillantes y también pequeñitos. Y el bigotillo que le sombreaba el labio superior no se decidía a pasar de un esbozo de bigote. Calzaba Pablo botas de caballería y al cinto llevaba una Parabellum.

Empezamos a jugar al ajedrez en el patio de una casa estancia abandonada por el enemigo, donde Pablo había instalado su puesto de comando. Estábamos como a doscientos metros del río Parapití y, por tanto, bien al alcance de las ametralladoras y morteros enemigos emplazados en la orilla opuesta. Una tupida vegetación nos protegía de las miradas de los tiradores enemigos, de modo que no éramos blanco visible. El patio de la casa, ancha explanada de tierra seca y amarillenta, estaba rodeado de verdes cañaverales.

-Cuidado, que va a morir su rey -le dije al cabo de media hora de juego.

-No, todavía no, contestó Pablo. Mi rey tiene primero que ganarse su muerte, como todos nosotros. [225]

-¿Ganarse su muerte?

-Sí. Ganarse su muerte quiere decir hacerse digno del silencio, del respeto, de...

-¿Silencio? Todos los muertos lo consiguen... gratis.

-Tal vez no todos. El respeto, sí, debe ser ganado.

-¿Y qué debe entenderse por ese respeto? -interrogué.

-Respeto significa, en este caso, estar ahí uno muerto, como si no se estuviera... O estar ahí de tal modo que nuestra muerte no sea un fracaso... algo sórdido. Estar ahí tan naturalmente como un árbol, o aún, tan naturalmente, repito, como si no estuviera ahí...

-¿Y quién podría lograr eso?

-El que haya perdido del todo el miedo a la muerte. Ese merecerá respeto y lo impondrá allí donde se quede.

Pablo me ganó aquella partida de ajedrez. Yo quise tomarme el desquite, como otras veces lo hiciera, sobre todo cuando perdía en forma tan inesperada, esto es, cuando ya me parecía estar ganando; pero él me dijo:

-Me parece que es hora de que usted se retire. La luz va faltando y usted tiene siete largos kilómetros por delante. Además ya comienzan los morteros y el ruido no permitirá que nos concentremos en el juego. [226]

En efecto, algunas granadas de mortero comenzaron a caer sobre los cañaverales y, como ya la oscuridad era general, podíamos ver las llamaradas de las explosiones contra el fondo lívido de la noche incipiente.

Al despedirme junté los talones con fuerza, sin darme cuenta de que lo hacía. Y eso que una despedida tan militar no era necesaria entre nosotros, pues no pertenecía yo a su unidad y nuestra relación nada tenía que ver con los deberes del servicio. La nuestra era sólo una amistad fundada en afinidades intelectuales y en una pasión común por el ajedrez. De nuevo sentí en la diestra el fuerte apretón desproporcionado al tamaño de la mano que lo daba, y escuché una serie de fórmulas de cortesía muy serias, aunque cordiales y sinceras.

Monté en el enorme burro que me servía de cabalgadura y enderecé hacia el camino recto que conducía a mi tienda de campaña. -Es raro que no me haya invitado a cenar -me decía yo mientras tanto-. No hay combates; estamos en realidad de vacaciones junto al famoso río; él no tiene nada que hacer ni yo tampoco. Además -agregué- ¿qué puede haber de molesto en recorrer este camino ya bien entrada la noche? Porque él insistió, al despedirse, que hubiera sido mejor para mí partir una hora antes. «La noche es desagradable ahí -me dijo- en esos caminos...».

Así monologaba yo cuando llegué a la recta misma, es decir, al larguísimo camino abierto por los zapadores, recto como una regla y polvoriento como si sobre toda su longitud se hubiesen derramado infinitas toneladas de impalpable harina ocre.

-De aquí a siete kilómetros -pensé- distinguiré a mi izquierda los faroles mbopí de nuestro campamento. [227]

El burro tenía buen andar. Mi ordenanza lo había encontrado hacía un mes en el monte, cuando el enemigo abandonó la estancia en que ahora acampaba el batallón de Pablo. Habría recorrido yo un kilómetro más o menos cuando cobré súbita conciencia de la soledad que me rodeaba: a ambos lados de la ya oscura cinta polvorienta del camino se erguían las tinieblas de la selva. Estas tinieblas parecían moverse, desplazarse, amenazadoras, en el aire frío. Unos rumores vagos, temerosos, se arrastraban entre ellas; sonaban a mis espaldas; repercutían alejándose y luego volvían a oírse más próximos, a la izquierda, a la derecha.

-¡Bah! -me dije-. Así es siempre cuando hay muchos árboles, de noche. Miré hacia arriba para no dejarme sugestionar por las masas negras, movedizas, de la selva. Algunas estrellas fulgían y a su débil resplandor la arena del camino, ocre durante el día, adquiriría una coloración de indeciso matiz. A veces hasta parecía fosforecer. A lo largo de aquel camino, semanas antes, se había librado una batalla de cinco días y cinco noches. Recordaba yo la tarde de mi llegada a aquel paraje, en un camión lleno de veteranos armados hasta los dientes. De trecho en trecho yacían sobre el camino cadáveres de enemigos rodeados de cuervos persistentes, impacientes. Era de ver cómo los cuervos, a la proximidad del camión, mostraban su fastidio por la interrupción del festín. Algunos saltaban a tierra desde el pecho del muerto en que estaban ocupados y con rápidos aletazos se alejaban unos metros, mal dispuestos a abandonar su presa. Otros volaban hacia los árboles más bajos y cercanos, para volver al difunto con mayor premura en cuanto el vehículo pasase. Otros no se movían de su sitio y seguían

hundiendo el pico en la carroña, indiferentes al ruido del motor y a las voces de los soldados. [228]

Hacía más de un mes que esto había acontecido. Ahora los cuervos no bajaban ya al camino durante el día porque de las carroñas sólo quedaba el esqueleto, aún uniformado, con las botas, algo del pantalón y algún resto de guerrera.

Me sacó de estos recuerdos una insólita inquietud que advertí en mi normalmente pacífica y flemática cabalgadura; primero fue un estremecimiento que la sacudió toda; luego me percaté de la alarma que revelaban sus grandes orejas erectas. El animal, de pronto, se detuvo. Miré hacia adelante y luego a uno y otro lado: a pocos pasos, a nuestra izquierda, yacía un esqueleto, calzadas las botas pardas, hebillado el ancho cinturón sobre el vacío de lo que fuera el vientre. La calavera miraba hacia nosotros con la negrura de las cuencas vaciadas a picotazos por los cuervos.

-¡Vamos! -grité al animal y le hundí los talones en los ijares- El animal, erizado de espanto, retrocedió. El espanto que estremecía a aquella carne pesada hecha para la esclavitud y la carga se me comunicó en ese instante como una descarga eléctrica. Tuve miedo, miedo como nunca. De la cabeza a los pies comenzó a circularme un zigzag de escalofríos. Me asaltaron imágenes de consejas terribles. Y recordé algo que había oído no sé cuándo: que mulas y burros perciben la presencia de los aparecidos; que para estos animales lo sobrenatural existe.

-¡Adelante! -grité blandiendo a manera de látigo una caña que llevaba en la diestra y descargándola con furia sobre las ancas del animal. Este reaccionó, pero en vez de correr hacia adelante se precipitó hacia la derecha y me introdujo unos cinco metros en la selva. Allí las tinieblas eran densísimas; al entrar en ellas sentí en la cara bruscos arañazos de ramas espinosas y me hallé rodeado de una agitación ubicua, como de presencias acechantes que se acercaban [229] y alejaban.

Logré conducir la bestia de nuevo en el camino, pero ésta se empeñó en hacerlo lejos del lugar en que yacía el esqueleto, de modo que el trecho de regreso a través de los árboles a la visión de las estrellas fue bien largo. Tenía ya la garganta seca de los gritos con que pugué por alejar el miedo y dominar la rebeldía del animal.

Proseguí la marcha, pero una marcha insegura, jalonada de sobresaltos que eran violentísima sacudida en el cuerpo gris del animal. De la selva llegaban graznidos de pájaros nocturnos y el mismo rumor de antes, aunque ahora más claro, más distinto, en quejas de hombres heridos.

No insistiré en describir el miedo que me tenía tenso y afiebrado. Cualquiera creería que con un poco de paciencia y serenidad hubiese sido fácil dominar mi cabalgadura y hacerla marchar normalmente. Para mí aquello fue imposible. Era imposible también abandonar al animal y huir solo de su miedo y de mi miedo: mis piernas parecían estar amarradas al cuerpo gris de la bestia. Como quien ha asido un cable de alta tensión y ya no puede desasirse de él, así el miedo me tenía preso. El viaje duró una eternidad. Ante cada nuevo esqueleto se repetía el mismo episodio: fuga hacia la selva y luego el penoso retorno al camino entre la tenebrosa maraña.

Al fin vi brillar a lo lejos el amarillo fulgor de los faroles mbopí del campamento.

Durante varios días estuve como enfermo. Permanecía horas [230] todo vestido, acostado en mi catre de campaña. De vez en cuando mi ordenanza asomaba su busto oscuro entre las lonas de la tienda con el pretexto de pedirme órdenes. Advertía en su cara una extrañeza que me inhibía. Como yo, él no tendría aún dieciocho años. Pero había nacido y se había criado en el campo. Era un hombre.

El teniente Centurión, de la Sanidad, vino a verme dos veces. Me dijo que tenía fiebre, que a lo mejor tenía paludismo. No era cierto, pero no le di explicaciones.

No fui más a ver a Pablo, aunque me hizo invitar por estafetas. Di pretextos de enfermedad, de ocupaciones inventadas. Pero él sí vino a verme una tarde de improviso.

-¿Dónde está el ajedrez? -me preguntó.

Mi ordenanza trajo las fichas y el tablero. Noté que Pablo me observaba y que sus ojos se detenían en mi mano al hacer yo una jugada. Al despedirse me la retuvo más que de ordinario en el familiar apretón:

-Ya tendrá noticias de mí -me aseguró. Mientras tanto, repóngase. No hay razón para andar tan deprimido. Todo se arreglará.

Días después su regimiento inició una maniobra. En un ataque frontal, Pablo cayó al frente de su batallón. Su cadáver llegó a nuestro campamento a las dos de la tarde. Tenía la cara limpia y tranquila y el pecho con una pequeña mancha de sangre. Alguien devolvió la pistola a su funda porque Pablo había caído con la Parabellum en la diestra y, ya muerto, aún la tenía allí, amartillada. [231]

Lo enterramos al borde del mismo camino de nuestro campamento, en un cementerio cuya primera cruz fue la suya, no lejos del lugar de mis terrores de aquella noche. El enemigo, entretanto, había sido empujado bien lejos, hacia el Norte.

Un atardecer, después del rancho, me atreví a caminar solo por la recta. La oscuridad cayó de pronto, densa, sobre la selva. Yo seguí caminando alzando de vez en cuando los ojos hacia las estrellas recientes.

Y esa noche comprendí que en adelante ya no habría más terrores en aquel camino. Sólo paz y silencio. Pensé que Pablo los había conquistado; pensé que él estaba allí cerca, imponiéndolos; pensé que él estaba allí como si no estuviera.

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

